

DON MANUEL GÓMEZ-MORENO EN EL RECUERDO

EDUARD RIPOLL I PERELLÓ

A través de la memoria de su hija María Elena, y de muchos papeles por ella recopilados, gracias a la Fundación Ramon Areces, nos llega la biografía del eximio arqueólogo e historiador del arte prof. Don Manuel Gómez-Moreno (1870-1970)¹. Su dilatada vida y su polifacética labor, pionera en tantos aspectos, hacían necesaria esta amplia obra. Sus muchas páginas, escritas en un lenguaje asequible y bello, se hacen cortas al lector pues el libro deber ser definido como una muy notable aportación a la historia de la cultura de la España contemporánea.

El volumen escrito por Maria Elena Gómez-Moreno evoca todos los aspectos de la larga vida de Don Manuel: la familia y los padres, la adolescencia y los estudios, los primeros viajes por Andalucía, la primera estancia en Madrid a los 18 años y en busca del futuro (en una fecha crucial para la historia del país: 1898), la catalogación monumental (Ávila, 1900; Salamanca, 1901; Zamora, 1903; León, 1906), la Junta para ampliación de Estudios, la arqueología romana, mozárabes y otros arabismos, el Centro de Estudios Históricos, las Academias de la Historia (1916) y de San Fernando (1936), el Instituto de Valencia de Don Juan, el desciframiento de la escritura ibérica, la exposición internacional de Barcelona (1929), la Dirección General de Bellas Artes (con el bello episodio del traslado de la iglesia visigoda de San Pedro de la Nave), la feroz guerra civil y sus desastres, la postguerra y el magisterio renovado (la cursiva visigoda sobre pizarra), son algunos de los muchos aspectos biográficos narrados. Quisiéramos subrayar dos capítulos de la parte final: Don Manuel como coleccionista por una parte, y su relación con Cataluña y con el Instituto Amatller (y su amistad con el recordado arquitecto Don Josep Gudiol) por otra. El libro se completa con una bibliografía comentada junto con la bibliografía propiamente dicha, que mejora la que publicó la Academia de San Fernando en 1970². Y no hay que olvidar el album de bellas fotografías de la parte final³.

Aquí podría terminar la sucinta recensión de la obra de Doña María Elena Gómez-Moreno, pero, permítase a quien esto escribe el añadir unos recuerdos

1. MARÍA ELENA GÓMEZ-MORENO. *Manuel Gómez-Moreno Martínez*. Fundación Ramon Areces. Madrid, 1995, 718 p. y 40 láms. (25 x 218).
2. Op. cit., p. 551-629; la bibliografía propiamente dicha en las p. 635-676.
3. Op. cit., p. 679-718.

personales. En uno de mis primeros viajes a Madrid, en 1948 o 1949, fuí al Instituto de Valencia de Don Juan a visitar a Don Manuel. Le llevaba un recado del prof. Martín Almagro relacionado con los grafitos de Cogul. Seguramente vale la pena recordar esta historia. El primero que vió las inscripciones de Cogul fue Don Juan Cabré que solo las aludió de pasada en su libro clásico⁴. Además, Don Juan sacó una fotografía que años después entregó a Don Manuel. Este realizó su lectura: había una parte en alfabeto ibérico (con la mención ILTIRTEN) y otra en alfabeto latino (el letrero de SIICVNDIO, incompleto). Don Manuel los iba a publicar en sus *Misceláneas*⁵ y se había puesto en contacto con el prof. Almagro para estudiarlas sobre el terreno. Y este era el motivo de la antedicha visita. Despachado el encargo, yo creí que podría hacerle algunas preguntas sobre cosas que me interesaban (recuerdo el tema de las pinturas rupestres de La Graja, en Jimena, que él había publicado en Barcelona en 1908⁶), pero ocurrió lo contrario. Durante casi dos horas me habló de cosas relacionadas con Cataluña: el mozarabismo del prerománico, la necesidad de una arqueología medieval, los trabajos de catalogación del Patrimonio artístico y arqueológico, el buen hacer del arquitecto Don Alejandro Ferrant y seguramente otras cuestiones que ahora han huido de mi memoria. Salí de la entrevista apabullado.

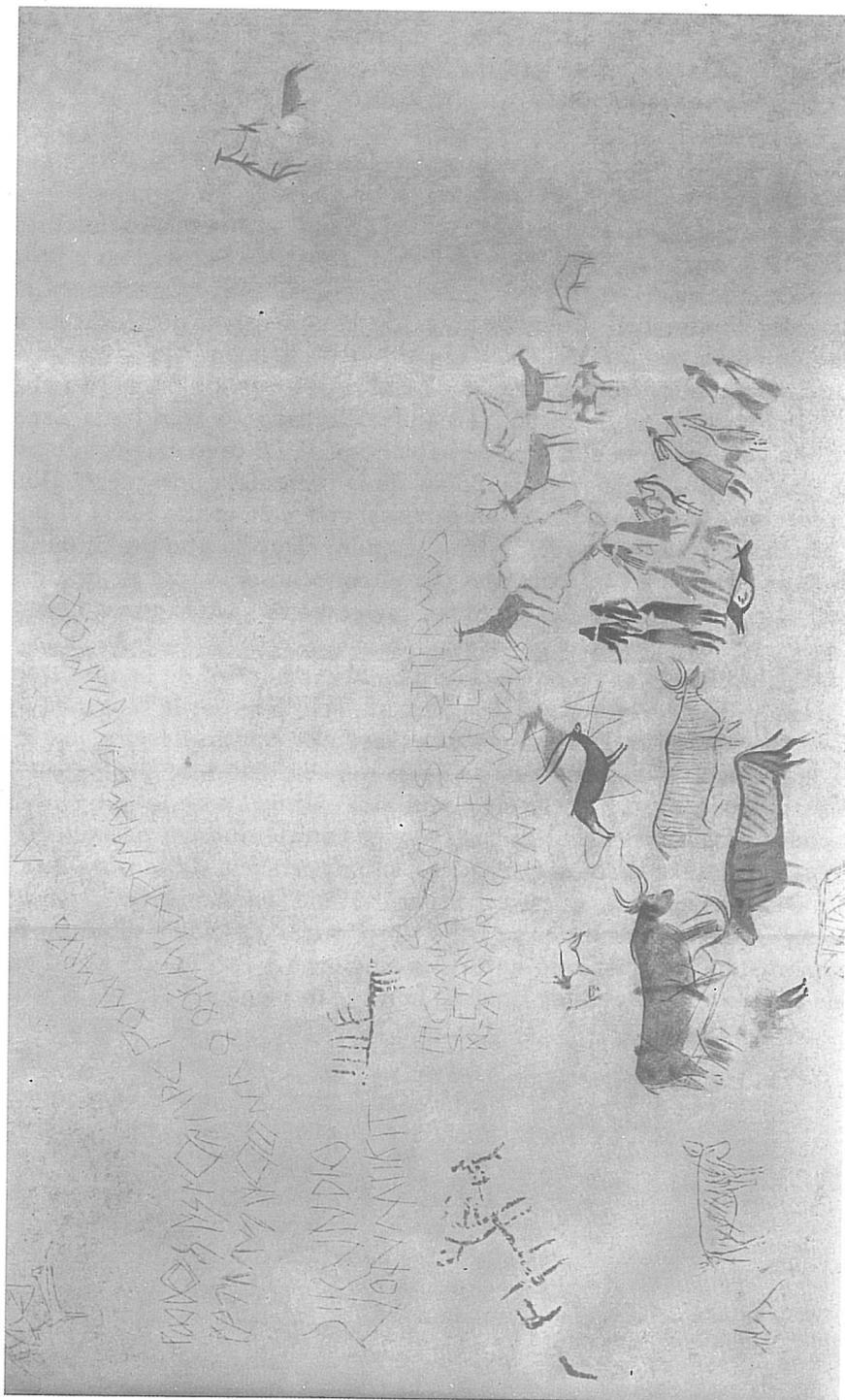
Llegaron los días de la primavera de 1950. Finalmente, Don Manuel vino a Barcelona para hablar con el prof. Almagro de los grafitos de Cogul y visitar la roca leridana para realizar una lectura adecuada. Allí estuvimos toda una jornada. Don Manuel subía y bajaba con agilidad del rústico andamio que se había instalado. Hay que recordar que entonces tenía 80 años. En previsión yo había llevado unas hojas de cartón cubiertas de papel plateado para orientar la luz y así ayudar a la interpretación. Tras discutirlos con el prof. Almagro, los signos eran inmediatamente transcritos sobre papel por Don Manuel. Yo ayudaba en lo que podía e iba haciendo fotos que casi todas salieron mal. En una de las pocas utilizables aparecían los dos maestros en plena labor. Enseguida el resultado se anunció espléndido. El ambiente estaba cargado de una tensa emoción (al prof. Almagro y a mí mismo Don Manuel nos llamaba «niños»). La lectura de la citada inscripción ibérica confirmaba el más antiguo documento epigráfico referido a los ilergetes o Iltirda, su ciudad. Muy cerca salió BALMACEBA (acaso un nombre de lugar o de persona). Y por todo el abrigo las inscripciones latinas o sus restos: SIICVNDIO VOTUM I'IKIT, FACTVS EST TERMVS, y ENDEN VOVALIS, entre las principales. Los signos fueron grabados hacia los últimos años del siglo III o los primeros del siglo II a.C. (presencia de formas arcaicas en los signos latinos). Poco tiempo después, el prof. Almagro daba a conocer su estudio del friso pictórico y también de los grabados, subrayando la ayuda recibida de Don Manuel⁷.

4. JUAN CABRÉ AGUILÓ: *El arte rupestre en España*. Madrid, CIPP, 1915, p. 229.

5. MANUEL GÓMEZ-MORENO: *Misceláneas. Epigrafía ibérica*. Madrid, 1950, p. 291.

6. MANUEL GÓMEZ-MORENO: «Pictografías andaluzas», *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, 1908, p. 89-102, 13 figs.

7. MARTÍN ALMAGRO BASCH: *El covacho con pinturas rupestres de Cogul (Lérida)*. Lérida, IEI, 1952. El capítulo de las inscripciones en las p. 43-47.



Conjunto del friso de Cogul (Lérida) (según M. Almagro Basch).
Los grafitos ibéricos y romanos en el centro y en la parte superior izquierda, según la lectura de M. Gómez-Moreno.

Al atardecer de aquel día luminoso dejamos Cogul. Cenamos y dormimos en Montblanc (a Don Manuel le gustaron mucho los *rifaclis* del desayuno). Vimos en detalle y se discutió cual pudiera ser el futuro de la bella iglesia gótica de San Francesc, entonces envilecida al ser utilizada como fábrica de alcohol y poco después salvada por Don Alejandro Ferrant para el patrimonio artístico del país. Don Manuel y Don Martín siguieron viaje a Madrid y yo regresé a Barcelona.

Luego, en la distancia, vi a Don Manuel en uno o dos actos académicos en Madrid. En 1954, cuando el IV Congreso Internacional de Prehistoria y Protohistoria, estuvo un día en el caserón del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de la calle Medinaceli. Entre la masa de congresistas, por indicación del presidente de aquel evento prof. Don Lluís Pericot, le acompañé para saludar a viejos conocidos con los que, en ocasiones, había polemizado (recuerdo al Abate Henri Breuil, al prof. Don Eduardo Hernández-Pacheco y a Don Jesús Carballo). Fue la última vez que tuve el honor de hablar con él. Lo digo así porque es justo subrayar que para los jóvenes arqueólogos de la inmediata postguerra Don Manuel representaba la suma de muy amplios saberes y se sentía hacia él un gran respeto. Muchas cuestiones se resolvían diciendo: «Habría que preguntar a Don Manuel». Sorprendido en una ocasión por el conocimiento que tenía mi amigo Gratiniano Nieto de las porcelanas chinas, me confesó: «Me lo enseñó todo Don Manuel una tarde de la semana pasada».

Será ineludible en el futuro hacer un balance analítico de la obra científica de Don Manuel Gómez-Moreno, lo que se verá facilitado por la biografía que ha motivado estas líneas. Aquí y ahora, como está comprobando el lector, lo que en la intención debía ser una laudatoria recensión del contenido de la obra de María Elena Gómez-Moreno, se ha convertido en una evocación de lo que se podrían calificar como detalles menores de la investigación de nuestro pasado. Nuestro largo *excursus* no debe disimular, empero, la importancia de la obra que lo ha motivado. Desde estas líneas nuestra más cordial felicitación quisiera llegar a Doña María Elena Gómez-Moreno por su bello libro, y a la Fundación Ramon Areces por su generosidad acogiéndolo entre sus ediciones y facilitando así el conocimiento de la vida y de la obra de un gran hombre de ciencia.